

miento. E incansables, como cuando éramos niños y vivíamos en un casi continuo estado de asombro, porque todo estaba entonces por descubrir... Un artista, o un filósofo, o un científico, o un buen aficionado al arte o a la filosofía, es, en el fondo, alguien que prolonga su infancia. Defended vuestra inocencia, no dejéis que se muera el niño que aún vive en vosotros. No os acomodéis a los usos que os imponen. Sed apasionados, audaces, imaginativos y jeitosos, y hasta un punto arrogantes, para no aceptar así, sin más ni más, sin haberlos hecho pasar antes por la aduana de vuestro criterio, los saberes envasados y listos ya para el consumo. Recordad que la vida es un viaje sólo de ida. No merece la pena renunciar a la originalidad, a la incertidumbre, a la pasión de ser nosotros mismos. Vivamos la vida como lo que es: una aventura irrepentible.

Bueno, para rebajar algo el tono moralista que está adquiriendo esta disertación, voy a contaros una anécdota de Darwin, que yo creo que viene aquí pintiparada. Darwin era entonces muy joven, más o menos como vosotros. Y un día, en sus paseos campestres, observó que había granjas con campos magníficos de tréboles rojos, en tanto que en otros, colindantes, los tréboles crecían del todo desmedrados. Siguiendo con sus investigaciones detectivescas, encontró (y aquí está la finura genial de la mirada) que en las granjas donde había gatos era donde los tréboles crecían con más y mejor lustre. ¡Qué misterio! De ahí pasó a observar que los tréboles eran polinizados por unos abejorros que a su vez tenían por depredadores a unos ratoncillos silvestres. Entonces el joven Darwin estableció una cadena lógica de una brillantez que se codea con la mejor invención literaria. Donde hay gatos hay menos ratones, donde hay menos ratones hay más abejorros, donde más abejorros, mejores campos de trébol, donde mejor y más abundante trébol, mejores vacas, donde mejores vacas, más proteínas, y donde ocurre esto la gente tiene más posibilidades de mejorar su lugar en el mundo. El mejor salto lírico quizá no consiga construir un puente de tan delicado cristal como el que va de los gatos a la inteligencia.

Todo consiste, pues, en observar. Ahora bien: el arte y el hábito de observar no son fáciles, ni se dan de balde. Quizá por eso, casi nadie mira con sus propios ojos. Y es que la costumbre, que

lo da todo hecho, es de lo más hospitalaria y cómoda. Delegamos en ella porque mirar y pensar por cuenta propia exige un esfuerzo, una dedicación, un precio que no todos (yo diría que muy pocos) están dispuestos a pagar. Exige, por ejemplo, una cierta lentitud, y precisamente en un mundo donde todo invita a la velocidad anestesiante y a la fugacidad de las cosas y de las ideas. Exige consciencia, en una sociedad donde la irresponsabilidad y la desidia son hábitos ya casi honorables. Y exige soledad y recogimiento, no la soledad melancólica sino la placentera y laboriosa de la incertidumbre y de la inteligencia. Los mejores frutos que ha dado la filosofía, o la ciencia o el arte, han surgido de esa actitud ante la vida que yo os invito a hacer vuestra de una vez para siempre. Yo diría incluso que la clarividencia es para vosotros casi un deber moral, entre otras cosas porque el teatro, mal que bien, sigue teniendo la sagrada misión de civilizar y educar espiritual y sentimentalmente a la sociedad, y de sacudirla de un sopor y de una rutina mental que empiezan ya a ser enfermizos. Ante el mal gusto que vemos continuamente a nuestro alrededor, la belleza es un acto revolucionario. Y cuando hablo de belleza no hablo de torres de marfil ni de estrategias evasivas, ni de mera retórica, sino de una vía esencial de conocimiento. Descubrir la belleza inquietante del mundo, de las cosas humildes, cotidianas: ésa es una de las grandes tareas del artista y el mejor motivo que existe del gozo intelectual. Reivindiquemos el concepto de belleza. De esa belleza abismal que supieron descubrir en las cosas y en los hombres un Van Gogh, un Mozart, un Chéjov, un Antonio Machado, o de esa otra belleza trágica o absurda de Macbeth, de Estragón o de Antígona. La belleza nos recuerda nuestro compromiso moral con el mundo, y nos enfrenta abiertamente al encanallamiento y a la estafa de la estética del dinero, de la triste y vulgar belleza del glamour, y de todos esos sucedáneos que quieren vendernos como canon de la belleza y que no son más que el mal gusto y la estolidez disfrazados con el chisporroteo de la quincalla espiritual. No, la belleza es otra cosa. La belleza es, por ejemplo, la voz de Edipo, la línea melódica de una voz cuya trayectoria va desde la más noble solemnidad hasta la desdicha más abyecta. Y es la voz oscura e insondable de Lear, o la alucinada de Segismundo, o la amarga y sencilla de Vania, o las de Max Estrella, de Agamenón, de

Tartufo, de Woyzseck... ¿Qué sería de nosotros, de la humanidad, sin ese coro de voces que siguen hablándonos y trayéndonos el testimonio de la aventura del hombre en este mundo?

Ningún arte nos ofrece la música del lenguaje con más riqueza y precisión que el teatro. Y somos lo que hablamos, pensamos con frases, y el lenguaje es quizá nuestra verdadera patria. Entre otras cosas, vosotros sois los guardianes de las palabras. Y recordad que las palabras, y las historias que se cuentan con ellas, no son inocentes. Recordemos *Otelo*. Yago crea con palabras una realidad imaginaria tan fuerte o más que la objetiva. Con palabras convierte a Desdémona en una ramera y entreabre así la puerta a la tragedia. Otelo, como buen celoso, crea también un mundo de papel. El tremendo poder de las palabras: ésa es la gran lección que nos ofrece Shakespeare. Con palabras se han creado patrias imaginarias y se han justificado y se siguen justificando crímenes y genocidios. Quien es dueño de las palabras, es dueño de la realidad. Como decía Octavio Paz: «No sabemos en donde empieza el mal, si en las palabras o en las cosas, pero cuando las palabras se corrompen y los significados se vuelven inciertos, el sentido de nuestros actos y de nuestras obras también es inseguro». Así que cuidemos las palabras y cuidémonos de ellas.

Y para ir acabando, quiero contaros uno de mis primeros recuerdos, de mis primeras experiencias fundacionales, de esas que son capaces de forjar un carácter o torcer un destino. Un día mi padre me dijo que cerrara los ojos e hiciera un cuenco con las manos. Yo debía de tener cuatro o cinco años. Entonces mi padre abrió el cuenquito que yo había hecho, metió dentro un pájaro recién cogido del nido, y volvió a cerrarlo. Y en ese momento yo sentí algo extraordinario, inolvidable. Sentí el latir de la vida, el misterioso y tremendo latir de la vida. Y ése es mi principal criterio estético desde aquel día. Eso es, por encima de otras cualidades, lo que yo le pido a un libro, a una canción, a una película... Cuando asisto a una buena función teatral, siento ese misterioso latir en los conflictos, en los personajes, en las luces, en los gestos, en las palabras... De pronto uno nota que las palabras comunes, las humildes palabras nuestras de cada día, están vivas, y como recién inventadas, y que sus significados son abismales o luminosos, y que palpitan a ser pronunciadas o escritas.

Sentir, de eso se trata. El artista es, ante todo, alguien que siente. Escuchad a vuestro corazón, porque ya se sabe que el intelecto es el que busca y el corazón es el que encuentra. Como decía Cervantes, como repite Goethe: «Basta con sentir». Y éstas son las palabras esenciales de todo lo que he intentado deciros: «observar» y «sentir». En mi infancia, como en todas las infancias, los cuentos que me contaban comenzaban diciendo: «Hace mucho tiempo en un país lejano», y a partir de ahí empezaban a ocurrir prodigios de lámparas mágicas, de cuevas vehementes de tesoros, de reinos submarinos, de princesas cautivas de dragones. Y había también palabras mágicas, poderosas, como «abracadabra» o «ábrete, Sésamo», capaces de obrar mil maravillas. Y yo pensaba: Qué mala suerte he tenido de nacer en este pueblo y en esta época, donde ya no hay portentos ni palabras mágicas, porque todo lo extraordinario ocurrió hace mucho tiempo en un país lejano. Y transcurrieron los años, y un día miré al pasado y descubrí que era entonces, en la niñez, y en mi pueblo, cuando vivía en un país lejano, lleno de maravillas que no supe ver hasta que la nostalgia me lo devolvió poetizado por la memoria. Y, del mismo modo, otro día descubrí la poesía y leí: «Yo voy soñando caminos de la tarde», y me quedé pasmado, porque de pronto el poeta había conseguido convertir las palabras diarias y sencillas en palabras nuevas y mágicas. Como dice Chéjov: «El escritor debe hacer poderosas las palabras humildes, e interesante a la gente vulgar».

Observar y sentir. Ahí están todas las maravillas y todos los tesoros. Por eso yo os invito a que os digáis cada día a vosotros mismos: «Recuerda que vives en un país lejano», para que no esperéis más prodigios que los que conquistéis con vuestra mirada y vuestro corazón ©